
Josep Carner y América

Familiarizado, ya desde su juventud, con tres culturas, la catalana, la castellana y la francesa, Josep Carner i Puig-Oriol (Barcelona, 1884-Bruselas, 1970), fue el escritor que más contribuyó a la normalización del catalán moderno, siguiendo las pautas del filólogo Pompeu Fabra. Un estudio de Loreto Busquets ha inventariado unos dos mil neologismos de la lengua catalana que pueden atribuirse a Carner.

La personalidad de Carner, singular y superdotada, mereció en la segunda década de nuestro siglo el título de «Príncep dels poetes». Poeta, periodista, ensayista, autor teatral, mágico traductor al catalán de Dickens, Molière, Carroll o San Francisco de Asís, su peso dentro de la sociedad catalana fue considerable desde principios de siglo hasta que, nombrado vicecónsul en Génova (1921), tuvo que dejar su patria y sólo volvió a ella los veranos o para cometidos muy concretos. Pero, a pesar de su alejamiento, su obra continuó pesando y el escritor entró ya en el campo de la leyenda ¹.

En sus primeros escritos el interés por América —su historia, su literatura, sus personajes indiscutibles— es prácticamente inexistente. Sin duda la pérdida de las colonias a finales de siglo zandeó su adolescencia, ya que el espectáculo dantesco de los repatriados de Cuba y Filipinas sirvió a muchos jóvenes de revulsivo. Agustí Calvet —«Gaziel»—, tres años más joven que Carner, en sus memorias traza un sombrío aguafuerte de la repatriación de quienes tenían que haber luchado «hasta el último hombre y la última peseta».

Aunque muy aferrado a su Cataluña, que idealizó desde el extranjero y no dejó de cantar con incontenible añoranza en sus poemas de exilio, Carner fue un políglota y un personaje de corte cosmopolita. En las dos primeras décadas de nuestro siglo publicó artículos en los que expresaba su admiración por Francia e Inglaterra y rezumaba su vocación europeísta. El tema de América, con excepciones poco relevantes, es, pues, prácticamente ignorado por el Carner periodista fecundo. Su interés por él fue tardío y aun centrado en algún país como México.

Pueden determinarse tres etapas del interés del poeta por el fenómeno americano, que coinciden de hecho con tres estancias que hizo en el Nuevo Continente, cada vez más prolongadas.

La primera, un par de meses de 1915, fue en ocasión del súbito viaje del poeta a Santiago de Chile y Buenos Aires para casarse con una bella y dulce doncella de la aristocracia chilena, Carmen de Ossa y Vicuña, a la que había conocido en Barcelona.

¹ La aventura intelectual, personal y política del «Príncipe de los poetas» creo que queda suficientemente plasmada y estudiada en mi obra *Josep Carner i el Noucentisme* (Ediciones 62, Barcelona 1969). Aunque sin las notas, dicha obra ha sido incluida en mi libro *Tres escritores catalanes: Carner, Riba, Pla* (Editorial Gredos, Madrid 1973).

Se trata de una historia de amor de corte romántico y rocambolesco. Ante la oposición de parte de la familia, tuvo que intervenir en el *affaire* el mismísimo arzobispo de Santiago, que había leído obras de Josep Torras i Bages, amigo de Carner, y uno de los eclesiásticos más catalanistas del momento, amén de obispo. Y para que el novio pudiera estar a la altura de la alcurnia de su prometida, la colonia catalana de Santiago le compró un chaqué. No olvidemos que Carner había llegado a América con el menguado capital que representaba el haberle adelantado Prat de la Riba, presidente de la Mancomunidad de Cataluña, el sueldo de varios meses como redactor del periódico «La Veu de Catalunya». En esa breve estancia, Carner colaboró en «Germanor», revista de los catalanes en Chile y tuvo contactos con escritores como Pedro Prado, Guzmán y Vicuña Cifuentes. En Buenos Aires, con el poeta y crítico criollista Ricardo Rojas, además del grupo de la revista «Nosotros», que editaba un mallorquín, formado en Barcelona y antiguo redactor de «La Veu de Catalunya», Juan Torrendell, y que explicaba a los lectores argentinos el hecho cultural y nacional catalán.

Antes de iniciar este legendario periplo en junio de 1915 para casarse, Carner escribió a Unamuno pidiéndole cartas de presentación: «Raras fortunas me obligan a ir unos meses a América, realizando un esfuerzo, evidentemente impropio de quien vive de su pluma catalana. Podría ser, pues, que me encontrara allí en cierto desamparo. ¿Querría usted recomendarme a amigos suyos eficientes o empresas periodísticas de la Argentina y Chile?»². Unamuno le mandó tales recomendaciones para los escritores que he citado y quizá algún otro, pero no me consta que Carner tuviera tiempo de colaborar en publicaciones chilenas o argentinas. Dejo el tema pendiente para algún erudito curioso.

Al agradecer a Unamuno —enero de 1916— «sus finezas», añadía una rotunda y significativa frase: «Vuelvo convencido de que el único fenómeno espiritual de la América española es el idioma».

De vuelta a Barcelona, Carner continuó sus tareas de publicista y dirigió Editorial Catalana hasta que en 1921, prácticamente sin prepararse y gracias a la información de un amigo, se presentó a unas oposiciones al cuerpo consular y sacó el número cuatro. Su primer destino fue Génova, pero el segundo San José de Costa Rica. Carner vivió en aquella pacífica y singular república centroamericana desde primeros de octubre de 1924 hasta finales de 1926. Aunque admiraba a México, al poeta no le gustaba la América del Sur, por su escaso nivel cultural, como confesó a Baltasar Porcel muchos años más tarde³. Incluso en una carta a su amigo el dibujante Junceda le decía: «Imagínese que he sido nombrado cónsul de San José de Costa Rica, país que creo que existe realmente. Tengo que decirle que puede usted disponer, si le apetece, de cualquier producto natural de Costa Rica: monos, serpientes de distintas medidas, papagayos, café natural y cacao bruto»⁴. Pero, a pesar de esa típica y benévola ironía, de europeo que se siente superior, la estancia de Carner en aquel país fue casi idílica.

² Véase ésta y otras cartas en este mismo número de la revista transcritas en mi estudio *Cartas de Josep Carner a Miguel de Unamuno*.

³ Cfr. Baltasar Porcel, *Josep Carner, l'alta permanència*, «Serra d'Or», segunda época, año VIII, núm. 12 (1966), pág. 41.

⁴ Citado en mi libro *Josep Carner i el Noucentisme*, pág. 327.

Llevado en palmas por la colonia catalana y la española, y también por los ambientes intelectuales y pudientes de la capital, su figura arraigó en la sociedad e incluso alcanzó una cierta popularidad. Carner acudía a actos y recepciones y escribía a menudo en la prensa artículos muy periodísticos, cuentos, apólogos, con un fino humor y rezumando anécdotas y una vastísima cultura. También publicó docenas de sus poemas catalanes en versión castellana. Su estilo, aparentemente intrascendente, henchido de moralejas populares, de buen gusto y de una curiosidad infinita, fue seguramente una novedad en aquellos parajes. Curiosamente, en estos artículos Carner no trataba casi nunca de temas catalanes (aunque algunos de aquéllos aparecían, antes o después, en su versión catalana en «La Veu de Catalunya»), pero sí de visitas de actores y escritores españoles a Costa Rica. Una amplia selección de tales artículos, bajo el título de *Prosas escogidas* y con prólogo de Guillermo Díaz-Plaja, apareció en 1981, publicada por la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio Español de Asuntos Exteriores y como homenaje, muy tardío, al poeta-diplomático.

Cabe subrayar la intensa vida social de Carner en Costa Rica y que incluso gozó de la amistad del presidente de la República. Colaboró habitualmente en «Diario de Costa Rica», pero también en «Repertorio Americano», y sin duda, en otras publicaciones ⁵. En una entrevista que le hizo Melcior Font en «Revista de Catalunya» de Barcelona, Carner definió a Costa Rica como «una especie de Suiza, más cálida de color». En la misma conversación con el periodista trazó incisivas descripciones de tipos populares y del ambiente de la sociedad criolla.

Un viejo emigrado catalán, relojero de profesión pero también *homme de lettres*, Cipriano Güell, trabó una honda amistad con Carner y puso a su disposición el «Diario de Costa Rica» que, al parecer, dirigía. Le introdujo en medios intelectuales y le hizo intimar, entre otros, con los escritores Joaquín Vargas Cot («El Húsar Blanco») y Abelardo Bonilla. A mediados del mandato de Carner, Güell fue nombrado vicecónsul y entonces el poeta le propuso que atendiera la cancillería del consulado, «y él, a cambio —explicó Güell casi cuarenta años más tarde—, escribiría diariamente una crónica sobre política internacional, que firmaría con el pseudónimo de «Flaminio», ya que como cónsul en servicio no era conveniente hacerlo en otra forma, pues podrían suscitarse situaciones molestas para su cargo» ⁶. Carner le confesó que se sentía incapaz de atender la burocracia...

Carner fue trasladado al consulado francés de Le Havre, pero siempre guardó un recuerdo feliz de aquella, para él, Costa Rica exótica y casi paradisíaca.

La tercera vez que el poeta vivió largamente en América fue a causa de la guerra civil española. Recordemos que estuvo al lado de la República y contra Franco, lo que le valió la expulsión de la carrera en 1939. Precisamente en mayo de aquel año, el entonces ya exiliado poeta catalán, junto a su segunda esposa (la primera murió en

⁵ Con motivo del centenario de Carner sería importante que algún investigador costarricense recopilara toda la bibliografía carneriana de su época de cónsul en el país.

⁶ Cfr. Cipriano Güell, *Recordando a José Carner*, «La Prensa Libre», San José de Costa Rica, 1 de septiembre de 1962. No he podido consultar el artículo de María Cristina de Goicoechea de Jaén Morente, *Costa Rica y el poeta José Carner*. «La prensa libre», 19 de julio de 1962, San José de Costa Rica.

Beirut en 1935), Emilie Noulet, profesora y renombrado crítico literario de la poesía simbolista francesa, embarcó hacia México, ante la inminencia de la invasión nazi.

El país no fue escogido al azar, porque en 1929 Carner había publicado en «La Publicitat» el artículo *L'atracció de Mèxic*, del que traduzco algunos elocuentes fragmentos: «Hay allí mucho por ver y por sentir (...) quizá el paisaje más típicamente americano de toda América; las leyendas de los caudillos que podrían llenar gruesas de panfletos como los de Blasco Ibáñez, la vivacidad y la crudeza del romanticismo hispano-indio (...) Como riqueza de lo pintoresco, como mezcla sorprendente de heroísmo, de delincuencia, de oratoria humanitaria, de viejas y nuevas supersticiones, de sentimentalismo, de instinto musical y poético, de fanatismo ateo y de guerrillerismo clerical, de vapores de pulque, de perfumes, de flores rojas y de humo de tabaco. México es una mina inagotable»⁷.

Para Carner situarse económicamente no le fue difícil. Pero tuvo que trabajar con mucho ahínco. Fue asesor de la Compañía General Editora, fundada por el activista del exilio catalán Miquel Ferrer; por encargo de dicha empresa dirigió la colección «Mirasol», y creó «La Cigarra», destinada a poetas mexicanos. Para la editorial de Ferrer, el Instituto Panamericano de Bibliografía y Documentación y el Fondo de Cultura Económica tradujo al castellano obras de Joseph Conrad, John Milton (*Aeropagita*), J. Locke, Vico, Jan Masarik, Eduardo Benes, etc.

Carner fue profesor de literatura de la Universidad de México, fundador del Colegio de México y, como deslumbrante conversador, aglutinaba a literatos catalanes, no todos muy conocidos: el doctor Jordi Vallès, Miquel Ferrer, Agustí Bartra, Pere Matalonga, Jaume Terrades, J. Roure-Torrent y J. M. Miquel y Vergés, que actuaba de secretario *de facto*. Carner era siempre el centro de la tertulia, que podía prolongarse hasta el amanecer⁸. Paralelamente organizaba reuniones periódicas con dos o tres de estos fieles escritores y emigrados españoles, más conocidos: su viejo amigo y glosador de la obra carneriana, Enrique Díez-Canedo, José Bergamín, Manuel Benavides, etc. La reunión, que revestía una cierta solemnidad, tenía lugar en el salón de té *Lady Baltimore*, de la Avenida Madero, en el centro de la capital de México.

Para contrarrestar la añoranza, Carner se instalaba como si tuviera que quedarse definitivamente en el país que era su nuevo refugio y tantas veces tierra de promisión. Elogiaba a México, su cosmopolitismo, su *élite* intelectual, incluso sus formas de vida... Sabemos que, entre otros, trabó amistad con intelectuales como Emilio Abreu Gómez y Margarita Urueta. Pero a quien admiró más y a quien consideraba el puente entre la literatura española y la cultura mexicana fue al maestro Alfonso Reyes. Le dedicó dos textos significativos: en *Alfonso Reyes y España*⁹ elogió su sentido unitario de la lengua y cultura castellanas, por encima o frente a rencores de campanario y bajo el lema «a una lengua, una cultura». Carner exalta así al maestro: «Alfonso Reyes es uno de los más eximios protagonistas del adueñamiento verdadero de nuestros

⁷ «La Publicitat», 28 de noviembre de 1929.

⁸ Pere Calders, en una breve biografía *Josep Carner* (Editorial Alcides, Barcelona 1964) dedica un enjundioso capítulo a la estancia del legendario poeta en México y del que entresacamos valiosa información.

⁹ En *España peregrina*, México, febrero de 1940, núm. 1, págs. 37-38.